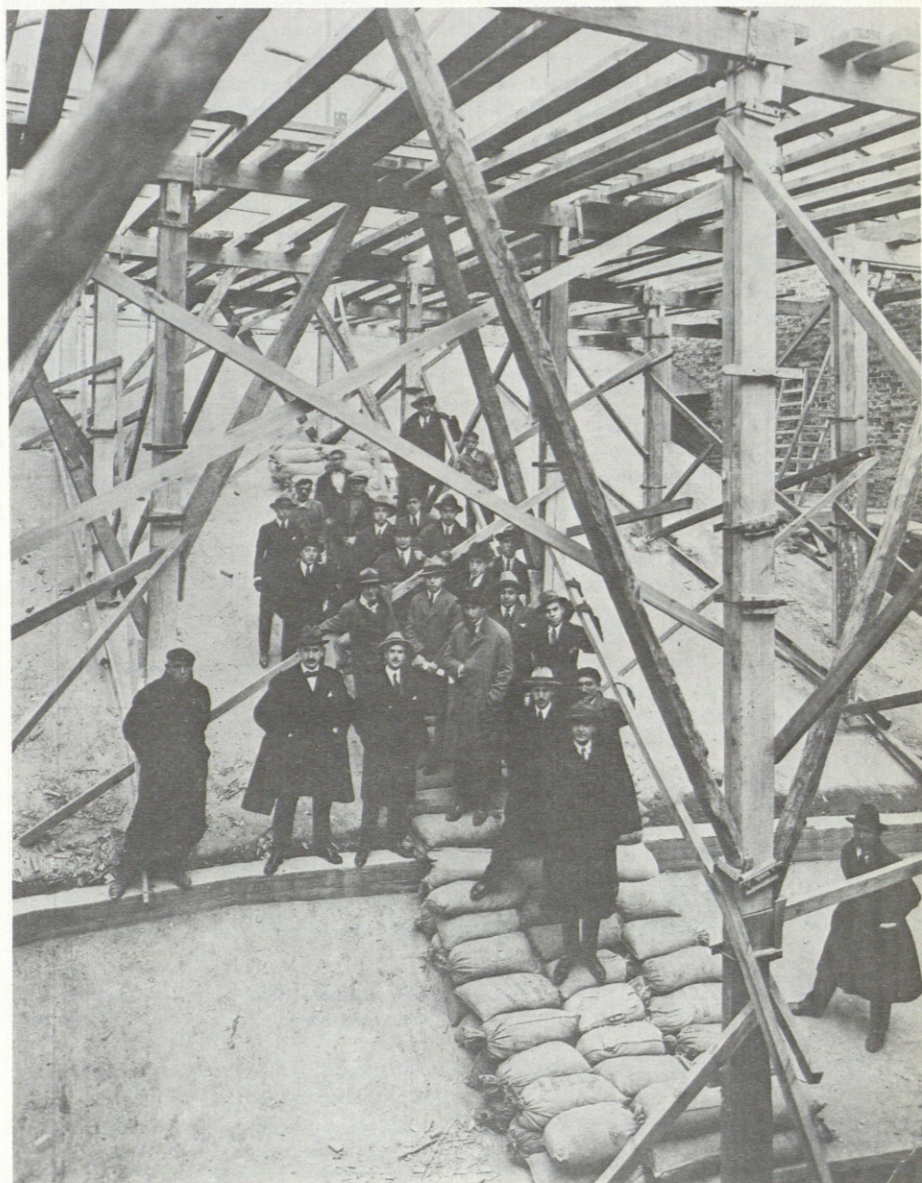


Teodoro de Anasagasti: Enseñanza de la arquitectura

Carlos Flores

Al cumplirse los sesenta años de la aparición del libro *Enseñanza de la Arquitectura* que reúne diversos textos e intervenciones del autor en torno al tema, la revista del COAM ha considerado oportuno recordar la figura y la obra de este arquitecto singular, prematuramente desaparecido, y cuya significación e importancia no han sido aún satisfactoriamente establecidas.

Teodoro de Anasagasti y Algán (1880-1938) —Premio de Roma en 1910, Medalla de Oro en la Exposición Nacional de Madrid del mismo año, Medalla de Oro (junto con Otto Wagner) en la Exposición Internacional de Roma (1911), Catedrático de Proyectos, Académico de Bellas Artes, Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos, hábil dibujante, combativo polemista, incansable viajero, arquetipo del profesional inquieto, abierto a todas las corrientes renovadoras, luchador esforzado en causas perdidas de antemano como ésta de la reforma de las enseñanzas de Arquitectura— se ofrece hoy, transcurrido casi medio siglo de su muerte, con el doble atractivo de su perfil, aún no exactamente delimitado, y el de su trayectoria profesional, contradictoria y compleja, un tanto zigzagueante, siempre estimable y a veces sorprendente por sus cualidades extraordinarias en obras como el *carmen* granadino de Rodríguez Acosta (1914-1928).



Arriba, Anasagasti visitando la obra del Monumental con sus alumnos.
A la derecha, facsímil del libro de Anasagasti.



Al año siguiente de finalizar los estudios (1906) Anasagasti será elegido Arquitecto Municipal de Bermeo, su villa natal. En Bermeo irá dejando sus primeras obras, si bien los tempranos honores recibidos, los prolongados viajes y el establecimiento definitivo de su residencia y despacho en Madrid, debilitarán aquella relación profesional —intensa en sus principios— con la tierra de origen.

Igual que ocurría años después con Fernando García Mercadal, la obtención del Premio de Roma y los viajes y permanencias en diversos países, inherentes al mismo, dejarán huella profunda en una personalidad como la de Anasagasti, de talante fundamentalmente abierto y libre. Durante los años de su pensión —que distribuye entre Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Austria y Alemania—

Teodoro de Anasagasti se interesará por conocer las obras más destacadas de las vanguardias arquitectónicas, pero asimismo, por bucear en los planes de estudios de unos centros de enseñanza que, a su juicio, eran capaces de proporcionar al alumnado una formación acorde con los nuevos tiempos. ("¿Qué nuestra Escuela es la mejor?" replicaría irritado años después a su antiguo maestro Vicente Lampérez durante una polémica tensa pero respetuosa mantenida en una de las sesiones del IX Congreso de Arquitectos celebrado en Barcelona en Abril de 1922). *Enseñanza de la Arquitectura/Cultura Moderna Técnico-Artística*, será la obra que resuma las experiencias y conocimientos obtenidos durante aquellos años de estudio en Europa, reflejando al propio tiempo sus propias ideas y las teorías elaboradas posteriormente sobre el particular. Anasagasti pretenderá una transformación drástica de los programas de enseñanza, eliminando materias y procedimientos anacrónicos mantenidos sólo como consecuencia de apatías y rutinas; también, un nuevo enfoque en las relaciones alumno-profesor, suprimiendo "las doctrinas dogmáticas y el apriorismo" y rechazando la "absurda disciplina que obliga a la quietud y al silencio". Acusadamente posibilista juzgará como *lujo inútil* la ciencia *no necesaria*, considerando el plan de estudios de 1914, entonces vigente, como "atiborrado de alta ciencia teórica que no encuentra empleo en las funciones ulteriores de la profesión" ("Cuando nos encontramos ante la vida se nos pregunta *que sabemos hacer*"). Los pilares sobre los que basa su ideario reformista serán: Obtención de conocimientos ligados directamente a la realidad. ("Al alumno le atraen la realidades; éstas deberán ser tocadas por él antes de dedicarse a la teoría"). La teoría como una continuación de la práctica o *emparedada* con ella ("Para Kant el mejor modo de comprender es el hacer"). Materias, pocas y fundamentales, eliminando todo aquello que no sea absolutamente indispensable. ("Hay que redimir al alumno para que en sus horas libres sea capaz de desarrollar sus propias observaciones. Hay que redimir, también, al profesor"). Educación de la sensibilidad, capacitando al alumno para que descubra por sí mismo la realidad. ("La realidad ha de presentarse siempre ante nosotros como una revelación"). Supresión de toda retórica y engolamiento en los sistemas de enseñanza. ("El saber se ha hecho verbalista y ha llegado a ser opresor").

Anasagasti sostenía que el arquitecto debería ser un dibujante “hábil y exquisito”, puesto que “nuestro lenguaje es el dibujo”, y acusaba de *ociosos* los estudios vigentes en tales materias. (Tiene al lavado por *inútil nadería* y piensa que

“proyectando se aprende a dibujar”). Insistirá repetidamente en la necesaria “educación del sentimiento” que, a su juicio, se encuentra por encima de la razón, (“sin sentimiento no es posible crear obras de arte”) enfoque romántico que no le impedirá, sin embargo, valorar las obras de ingeniería más destacadas a las que otorga una indiscutible potencialidad plástica considerándolas “tan bellas como los productos más refinados de la imaginación artística”. Juzga condición esencial que los proyectos dejen de ser *escenográficos*, “como fantasmas arquitectónicos”, deficiencia que



RASCACIELOS

[illegible]

Facsímil del primer número del "periódico decenal de arquitectura ANTA", fundada y editada por Anasagasti.

será superada una vez que el control de cada proyecto, a lo largo de su desarrollo, sea compartido por profesores de disciplinas técnicas —construcción, resistencia de materiales, salubridad, etc.— en lugar de abandonarse en exclusiva al profesor de composición. El alumno deberá conocer *cuan*to *antes* lo que, en términos reales, representa el ejercicio cotidiano y normal de la profesión. (“No al final de los estudios sino desde el primer día de la primera asignatura deben abrirse las puertas de las clases, llevando a los alumnos a los laboratorios, a los talleres y a las obras”).

Tampoco dejará de insistir Anasagasti en la necesidad de una íntima e ineludible colaboración entre arquitectos, pintores y escultores —lo que resulta lógico en un seguidor entusiasta de la Secesión vienesa— colaboración que debería ser iniciada desde los años escolares abogando por una localización de

tales enseñanzas dentro del mismo edificio. Los viajes, como medio idóneo de ampliar el horizonte vital y artístico del alumno, constituyen otro de los temas favoritos en los que el autor insistirá una y otra vez a lo largo de su ensayo.

El capítulo final incluye una serie de recomendaciones, agrupadas por temas, entre las que no faltan las referentes a las personas que deberían ser elegidas para las comisiones que estudien y redacten los nuevos planes, comisiones que según Anasagasti estarían integradas por el director, tres profesores y *dos estudiantes* de cada una de las escuelas de Madrid y Barcelona, dos profesores de *academias de preparación* de arquitectura y un arquitecto del máximo prestigio. En 42 puntos, divididos en secciones como *principios generales, prácticas, laboratorios y talleres, viajes, pensiones y ampliación de estudios, preparación, matemáticas, construcción, dibujo, proyectos*, etc., se va exponiendo un cuerpo de doctrina de validez general muchos de cuyos apartados encontrarían plena vigencia aún en nuestros días. Este libro, *de propaganda y combate*, como su autor lo califica, insólito en el panorama español de su época —y de muchas épocas— no hallaría la respuesta que su importancia e interés exigían; considerado hoy, se nos ofrece como un conjunto de sugerencias e ideas, libres de cualquier dogmatismo, aprovechables en buena parte y siempre estimulantes y vivas. El libro constituye también el mejor documento a nuestro alcance para descubrir la mentalidad del arquitecto, no siempre reconocible a través de una obra sobre la que gravitan influencias y contingencias de cada momento y en la que se superponen o suceden alternativas tan distintas como las procedentes de las influencias *secessionistas* y el *Art Deco* francés, de las tendencias *casticistas* e *historicistas*, de la “sinceridad estructuralista” próxima a la *estética del ingeniero*, o de los planteamientos de *L'Ecole de Beaux Arts*, cuando no aparece teñida por el romanticismo más melancólico como ocurre en aquellos proyectos de Ciudad del Silencio o de Cementerio Ideal que le otorgarían amplia fama en plena juventud.

La obra construida por Anasagasti o únicamente proyectada —a la que se dedican las siguientes páginas de este número— refleja, con todas sus posibles contradicciones e insuficiencias, el trabajo de un arquitecto absolutamente de su tiempo, volcado vocacionalmente en su labor de cada día, dueño de una personalidad inquieta y libre y cuyas condiciones de creador, aún no rayando siempre a una misma altura, aparecen en su conjunto como estimables e indiscutibles.

Carlos Flores